

En la segunda parte Marcos concluye que: a) sobre la base de lo discutido en Sof. 237 b - 239 c (*tò medamòs ón*) ninguna negación absoluta puede prosperar, para Platón, en el ámbito del lenguaje; b) el discurso (*lógos*) debe abordarse desde su relación con las Formas, por un lado y, por el otro, desde su relación con los nombres. Ambos dominios están unificados por la noción de combinación (*sumploké*). Sobre la base de la combinación, tanto ontológica como discursiva, Marcos enfatiza la insistencia de Platón en que las mezclas o combinaciones no son indiscriminadas ni azarosas, sino que responden a reglas precisas de concordancia y disonancia. En este sentido, el discurso puede representar a las cosas como son o como no son pero *no de cualquier manera posible*; c) finalmente, Marcos sostiene que esta concepción del discurso como imágenes (*eidolon*) implica que *tanto el discurso verdadero como el falso están por su misma naturaleza ligados al no ser como alteridad*.

Por último, es menester subrayar que la prolija estructura argumentativa del libro contribuye a despejar la densidad del tema, al tiempo que permite advertir claramente, con el fiel testimonio de cuidadosas traducciones del griego de los pasajes pertinentes, una solución que fundamenta la concepción platónica del discurso filosófico que, en tanto imagen, refleje correctamente la realidad.

Silvia L. Tonti

Universidad Nacional de La Plata



Carlos García Gual. *La Antigüedad novelada*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1995, 278 pp.

García Gual se preocupa en aclarar que no pretende ofrecer en este volumen una teoría general sobre la ficción histórica. El ensayo se propone reflexionar acerca del desarrollo de la novela histórica en sus líneas y motivos básicos en distintas épocas, desde finales del mundo helénico hasta nuestros días, pasando por los siglos XVIII y XIX, fundamentalmente.

Su autor, prestigioso investigador de la filología y la cultura griega clásica, sostiene que, si bien se define a la novela histórica

como un género moderno por excelencia, sus orígenes se remontan al mundo helenístico, hace dos mil años, y parte de la distinción entre narración histórica y novela. Las presenta como géneros distintos, ya que son diferentes las pretensiones de los autores de una y otra. La Historia busca la verdad del pasado con sus documentos, con rigor testimonial; la novela es ficción, recrea ese pasado a través de la fantasía. El novelista parodia al historiador o a un cronista en su relato y finge escribir una historia que los escritores de Historia dejaron sin escribir.

La obra se ocupa de un grupo de novelas históricas definidas por su temática antigua y acota su estudio al de los relatos que tratan de figuras y hechos de la Antigüedad griega y romana. Dada la prolífica producción de textos de tales características, el ensayo se detiene en aquellas que marcan un hito en la evolución de la especie y sitúa a cada novela en su contexto, indicando lo que significó en su momento de aparición, de modo que, en algunos casos, han llegado a inspirar a otros medios de comunicación como el cine y la televisión.

El ensayo se estructura en cuatro partes y concluye con unas "Consideraciones finales" y una "Nota marginal". El ordenamiento responde a los cuatro momentos que el investigador privilegia en el desarrollo de la novela histórica.

La "Primera Parte" destinada, en su comienzo, a definir la ficción histórica y diferenciarla de la Historia, sostiene que las primeras expresiones del género aparecen en el mundo helenístico tardío en *Quéreas y Calíroo* de Caritón y en *La vida de Alejandro* atribuida al pseudo Calístenes. Ya a partir de esta época se encontrarían los dos tipos básicos de la trama: según sea el protagonista un personaje que, si bien no merece un primer plano histórico, se vuelve atractivo por la repercusión que algún hecho o momento de la Historia tuvo en su vida; o bien, si el protagonista es de gran relevancia en la Historia, un personaje de rango real, en cuyo caso la novela nos ofrece una visión más íntima, una biografía novelada.

En la "Segunda Parte" señala un resurgimiento de la novela histórica en el siglo XVIII bajo la forma del relato de viajes. La Ilustración de este siglo encuentra en el *viaje* la posibilidad de conocer y tomar contacto con el espacio que generó y fue marco de las sociedades de la Antigüedad griega y romana. El narrador invita al lector a un viaje imaginario al mundo antiguo para confrontarlo con el

de su época. He aquí un rasgo innovador. Para confirmar sus afirmaciones, García Gual se detiene en *Las aventuras de Telémaco* de Fénelon, *El viaje de Anacarsis* de Berthélmy, *Los viajes de Antenor* de Lantier y *Los mártires del Cristianismo* de Chateaubriand.

A principios del siglo XIX, el género se define y establece sus convenciones definitivas. La exitosa aceptación del público colaboró mucho en este fenómeno que se analiza en la "Tercera Parte" del estudio. Los viajes por el mundo antiguo desaparecen. Quien debe viajar ahora es el lector y no los protagonistas de la trama novelesca. La novela del Romanticismo responde a cierta nostalgia propia de la sociedad burguesa que, desencantada y descontenta con el presente, busca en la lectura el medio de evasión que le permita contemplar grandes momentos de la historia, pasiones y conflictos eternos, con un final claro y, en algunos casos, feliz. Combinando la documentación arqueológica e histórica con una trama adecuada, el autor recrea épocas y escenarios y da vida a un espacio propicio desde el cual impartir alguna lección moral. El tópico por excelencia del siglo XIX es el conflicto ideológico de tipo religioso o moral. Así se puede apreciar en *Los últimos días de Pompeya*, *Hipatía*, *Salambó*, *Ben Hur*, *Quo vadis?*, entre otras.

Durante el siglo XX se evidencia una renovación del género que, según propone el especialista hispánico en la "Cuarta Parte", no vendría de sus contenidos sino de los enfoques narrativos, "menos guiados por el realismo, menos lastrados por la ideología, menos atentos a la modernidad de los antiguos". Asimismo, sin descuidar el aspecto temático intenta una breve tipología y distingue cinco apartados: novelas mitológicas, biografías novelescas de grandes figuras históricas, relatos de gran horizonte histórico, novelas de amor y aventuras y, por último, relatos de intriga.

Sin detenerse en su análisis, el autor privilegia producciones de M. Yourcenar, Mary Renault, Th. Wilder, R. Graves, P. Grimal y Massie, como justos exponentes de este período.

El exhaustivo y serio estudio de García Gual nos invita a internarnos en un *viaje* hacia la Antigüedad clásica de la mano de estos relatos que permanecen vigentes y renovados a lo largo de dos milenios.

Graciela Hamamé